

12.07 DE LA MAÑANA

“Tragamillas” tiene la mirada perdida en las soleadas y brillantes aguas del puerto. Le habría gustado poder ayudar a su viejo amigo, pero no se veía capaz. Además por lo que le había contado “El Bala” apenas quedaba tiempo para poder llevar a cabo el servicio. ¡Pobre muchacho! Se había metido en un buen lío. Confiaba que se hubiera puesto en contacto con la agencia para solucionar el problema. No le quedaba otra opción porque si el servicio no se llevaba a cabo, FG se lo cargaría.

De repente, le ocurrió algo extraño. Recordó por un momento la cara impasible del cirujano que le había operado cuando le anunció: “Lo siento, pero no podrá volver a conducir una moto”

Recuerda “Tragamillas” que aquella interminable noche, después del anuncio del cirujano, no pudo dormir en su cama del Hospital. ¿Qué sería de su vida?

Pues bien, ahora se le presentaba la ocasión de demostrarse a sí mismo que el cirujano estaba equivocado, que aún era válido para seguir luchando, que servía para algo más que para regar las plantas de su pequeño edén.

¿Sería capaz? Era todo un desafío.

Con mano trémula buscó en el móvil el número de “El Bala”.

— ¿“Tragamillas”?— preguntó la voz trémula de “El Bala” — ¿Eres tú, compañero?

— Dime qué tengo que hacer colega.

12.15 DE LA MAÑANA

Arrastrando la pierna se encamina al garaje todo lo aprisa que puede.

En ese momento sabe que no hay tiempo material para estar en el PPBB a las doce y media, pero también sabe que a la una en punto estará en Ortiz de Fuentemayor y Derivados, un cliente al que conoce muy bien porque ha ido un montón de veces cuando era mensajero de la 819. Recuerda que había una muchacha muy simpática en la lujosa recepción que se llamaba Merche y que siempre le había atendido con mucha amabilidad.

Abre la puerta del garaje. Huele a cerrado. Su vieja moto parece hacerle un guiño como si le preguntara: “¿Qué amigo? ¿Otra vez a la lucha? ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Mira que si nos la pegamos otra vez, yo voy al desguace pero tú acabarás ahí arriba, en la montaña, ocupando un miserable nicho”

— Puede que tengas razón, nena. Pero ya sabes que soy un romántico y un amigo está en apuros. ¿Sabías que “El Bala” estuvo conmigo en el Hospital sin apartarse de la cabecera de mi cama durante dos noches seguidas?

— Lo que pasa es que quieres demostrarte que aún sirves para algo más que para regar plantas. Por cierto, te ocupas mucho de tus plantas pero a mí no entras ni a verme. ¡Mira como estoy de sucia!

“Tragamillas” abre el viejo baúl. De su interior saca un casco negro, lleno de polvo, y también una vieja cazadora curtida en mil viajes. En ese preciso momento experimenta una extraña melancolía. Se vuelve a la moto mientras se pone el uniforme.

— Nena, vamos a volar por la ciudad. Por cierto ¿qué tal estoy?

— Me recuerdas viejos tiempos cabrón. Cuando me hacías trotar todos los días hasta hacerme perder el resuello. Pero, sí tengo que admitirlo. Éramos los mejores, los más rápidos. Sólo había uno que nos hacía sombra: “El Bala”. Los demás no nos llegaban ni a la suela de los zapatos.

“Tragamillas” se ha puesto el uniforme de mensajero y se contempla satisfecho en un pedazo de espejo roto adosado a la pared.

— Creo que he engordado un poco ¿no te parece?

— “Estás hecho un ceporro... oye, no es que me muera de ganas de correr porque aunque no lo creas ya soy vieja, pero se está haciendo tarde ¿Quieres decir que llegaremos a tiempo?

— ¿Lo dudas, nena? — “Tragamillas” se monta con cierta dificultad en la moto. Se encasqueta el casco, da gas a fondo y tras un ligero resoplido de la máquina, sale despedido por la puerta del garaje, gritando como un poseso:

— ¡A ver cómo te portas, nena!

Diez minutos más tarde, cuantos ven a un mensajero loco volando por la Ronda Litoral, sorteando cuanto se le pone por delante, pensarán que ha perdido el juicio, que se va a matar, que jamás llegará a su destino.

Pero no conocen a “Tragamillas”

El viento le azota el rostro con fuerza y en ese momento se siente más vivo que nunca.

— ¡Nena! — grita. — ¡Recuérdame que cuando hayamos terminado con esto, te jubile! ¡Tú también tienes derecho a descansar!

13.40 DE LA TARDE

Silencio.

Ni “El Bala” ha llamado para comunicar que ha hecho el servicio, ni se sabe nada de él. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

FG está que se sube por las paredes. Darío intenta localizarlo inútilmente.

— ¡Si me ha fallado no quiero volver a verle por aquí!— vocifera FG.

Pero ¿qué está pasando? ¿Por qué hay tanta irresponsabilidad en el mundo? ¿Tan difícil es llamar después de un servicio? Aún lo entiende menos tratándose de “El Bala” porque es un profesional de la mensajería y lo tenía por una persona responsable. Lo más seguro es que en aquellos momentos esté con su hijo recién nacido en los brazos, babeando de felicidad mientras él está a punto de sufrir un infarto.

Adiós, Ortiz de Fuentemayor y Derivados. ¿Qué van a pensar ahora de la calidad de servicio que presta Barcelona Inmediato? Porque Ortiz de Fuentemayor y Derivados no se lo va a callar. Y lo que es peor: la facturación de la empresa va a caer en picado.

FG sale de su despacho a grandes zancadas. Se encara con Darío que tiene el móvil pegado al oído. El jefe de tráfico tras unos momentos de incertidumbre, mueve la cabeza negativamente.

— Tiene el móvil desconectado. ¿Por qué no llamamos a Ortiz de Fuentemayor y afrontamos el problema?

FG medita las palabras de Darío.

Y en ese preciso momento de silencio, suena el teléfono del despacho de FG.

— ¡Es el Sr. Ortiz de Fuentemayor en persona! —le anuncia Silvi

FG toma un poco de aire antes de responder.

— Dígame Sr. Fuentemayor.

— Sois los mejores, Francisco.

— ¿Qué...?— el color vuelve al rostro de FG.

— Siempre he dicho que sois los mejores. Te felicito.

— ¿Ha... ido todo bien...?

— ¡Pues claro! Pero ¿qué te pasa, Francisco? ¿Es que no confías en tu gente? A la una en punto estaba aquí tu mensajero, ni un minuto antes ni un minuto después. No veas la cara que ha puesto el cabrón de mi yerno y sus lameculos cuando he arrojado el aval sobre la mesa de reuniones. Ha sido un momento inolvidable para un viejo de setenta años como yo y al que iban a enviar a un geriátrico. No te exagero si te digo que hoy ha sido uno de los días más felices de mi vida y un poco te lo debo a ti y a ese mensajero que sudando y cojeando ostensiblemente me ha hecho entrega del aval. Mientras yo viva la cuenta de Ortiz de Fuentemayor y Derivados, será para tu mensajería. Te lo juro. ¡Por cierto! Deberías darle un premio a ese mensajero. Adiós... y gracias, amigo mío.

FG se queda con cara de tonto. Con el teléfono aún en la mano, siente ganas de gritar de alegría.

Darío entra en el despacho.

— ¿Qué ha pasado?— pregunta intrigado.

— No te lo vas a creer, Darío. A la una en punto “El Bala” le ha entregado el aval a Ortiz de Fuentemayor en persona. El hombre está rebotante de felicidad y yo también, qué coño... Ha sido un día muy duro. Pero al final, ha valido la pena.

Darío sonrío.

— Bueno, a pesar de todo “El Bala” se ha portado.

— ¡Espera no te vayas!

Darío vuelve sobre sus pasos.

— ¿Qué ocurre?

— Ortiz de Fuentemayor me ha dicho que el mensajero cojeaba.

— Eso es que con las prisas “El Bala” se habrá dado alguna hostia por el camino. Ya sabes lo loco que es algunas veces.

FG mira fijamente a su jefe de tráfico.

— Puede que tengas razón, pero ¿sabes una cosa? Por un momento me ha pasado por la cabeza, “Tragamillas”

— ¿Ese?— Darío se ríe con ganas— ¡Pero si no puede ni con su alma! No... “Tragamillas” vive muy tranquilo en su casita, cuidando de su huerto, cerca del mar. ¡Me apuesto la cabeza a que no volvería a ser mensajero por nada del mundo!

19 HORAS

Está en su garaje, sentado no muy lejos de su vieja moto. La mira fijamente. Y siente pena por ella. Después de la última paliza que le ha pegado, parece aún más vieja y cansada.

“Tragamillas” se pone de pie y guarda en el baúl el uniforme de mensajero y el casco. Ya nunca más volverá a utilizarlos porque él también se siente cansado. Ha hecho un gran esfuerzo, tremendo, le duele la pierna y todos los huesos del cuerpo. Pero eso era algo que le debía a “El Bala” y también a la 819 por la que trabajó tantos años.

Antes de abandonar el garaje, acaricia suavemente la moto y le hace una solemne promesa.

— Nena, a partir de hoy entraré a verte más a menudo, te lo juro. Te limpiaré todos los días para que estés bien guapa y tendremos alguna que otra charla recordando viejos tiempos ¿de acuerdo? Buenas noches, nena.

Afuera el sol se está poniendo. Los reflejos en el mar ya han desaparecido con la noche en ciernes, pero los imponentes transatlánticos siguen allí. Han encendido las luces de cubierta y se oye música para soñar ¡Qué bien se lo estarán pasando los ricachones!

Pero a su modo “Tragamillas” también es feliz aquella noche porque

aunque sólo haya sido por unas horas, se ha demostrado a sí mismo que sigue siendo el mejor.

Arrastrando la pierna, despacio, porque el dolor no le abandona, se encamina hacia la casita cuya entrada está iluminada por una pequeña bombilla.

Aún se tiene que hacer la cena y además ha refrescado y sus maltrechos huesos se resienten.

— Amigo, te estás haciendo viejo— dice antes de cerrar la puerta tras él.

— . — . — . — . —

¿Y qué decir de la 819?

Pues que el día ha terminado, que los problemas parecen quedar lejos. Afortunadamente todo se ha solucionado bien.

Pero... ¿y mañana?